

PIEDRAS DE FUEGO



C. M. PALOV

**algaida
INTER**

Título original: *Ark of fire*
Editado primero por Penguin Group

Primera edición: 2013

Derechos arreglados por Taryn Fagerness Agency LLC y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL
Reservados todos los derechos

© 2009 por Chloe Palov
© de la traducción: Lorenzo Luengo, 2013
© Algaida Editores, 2013
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-866-3
Depósito legal: SE-36-2013
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

1	13
2	23
3	31
4	37
5	45
6	51
7	61
8	67
9	75
10	85
11	91
12	99
13	105
14	109
15	117
16	123
17	127
18	135
19	141

20	149
21	157
22	165
23	171
24	181
25	189
26	193
27	199
28	209
29	221
30	229
31	237
32	241
33	251
34	259
35	271
36	277
37	287
38	293
39	301
40	309
41	315
42	317
43	323
44	329
45	337

46	341
47	349
48	355
49	359
50	363
51	365
52	371
53	379
54	385
55	393
56	401
57	405
58	411
59	415
60	421
61	427
62	433
63	437
64	443
65	449
66	451
67	461
68	469
69	477
70	483
71	489

72	497
73	501
74	507
75	511
76	519
77	529
78	533
79	537
80	541
81	547
82	551
83	557
84	561
85	565
86	567
87	569
88	575
89	585
90	591
91	595
92	599
93	601
94	605
95	611

*Para Ria Palov, por no perder la fe.
Y a Steve Kasdin, por jugársela.*

1

Washington D. C., 1 de diciembre

CON MOVIMIENTOS LENTOS Y PAUSADOS, EL COMISARIO del museo pasó las yemas de los dedos por el pequeño cofrecillo de bronce, rozando apenas las letras en hebreo que había grabadas sobre su superficie. Se hubiera dicho que era la caricia de un amante.

Conteniendo el aliento, abrió la caja.

—*Claves regni caelorum* —susurró, extasiado ante la reliquia que se recogía en el interior de la caja. Como Eva al contemplar la fruta prohibida, el comisario clavó la mirada en las doce pulidas joyas engastadas en una antigua montura de oro.

Las llaves del reino de los cielos.

El doctor Jonathan Padgham, comisario jefe del Museo Hopkins de Arte de Oriente Próximo, introdujo una mano en el interior del cofre, y extrajo con sumo cuidado lo que tiempo atrás había sido un pectoral incrustado de gemas preciosas. *Tiempo atrás*. Demonios, aquello sí que era un eufemismo. La expresión «tiempo atrás» resumía más de tres mil años, según sus estimaciones.

Aunque algunas piezas y flecos de aquel escapulario de oro aún se adherían a la montura con terrible precarie-

dad, la reliquia apenas podía ser reconocida como un pectoral, pues las cadenas empleadas para asegurar aquel escudo tachonado de joyas al cuerpo de quien lo portaba hacía mucho que se habían pulverizado. Sólo las piedras, dispuestas en cuatro hileras de tres piezas cada una, daban alguna orientación acerca de la forma rectangular que había tenido aquella reliquia: el pectoral medía unos trece centímetros por diez.

—Eso es lo que se dice recargado, ¿eh?

Molesto por la interrupción, Padgham miró a la mujer de cabellos rizados que se afanaba en colocar una cámara sobre su trípode. No era la primera vez que se preguntaba qué diablos le había dado a aquella mujer para que se atreviera a conjuntar unas botas de cuero negro, propias de un motorista, con una larga falda de tela escocesa.

Con una sonrisa pícaro de oreja a oreja, Edie Miller se acercó a la mesa que ocupaba el comisario, e inclinó la cabeza para echar un vistazo a la reliquia. Ya desde el primer día en que puso un pie en la Tierra de la Libertad, el comisario se había dado cuenta de que las mujeres americanas eran harto más descaradas, frívolas y abiertas que sus parientes inglesas, lo que ya era mucho. Ignorándola, Padgham colocó el pectoral sobre un trozo cuadrangular de terciopelo negro, preparándolo para la sesión fotográfica.

—Vaya... Hay un diamante, una amatista y un zafiro.

La mujer, Miller, fue señalando cada una de las piedras según las nombraba. Padgham se vio casi impelido a agarrarle la mano, temeroso de que llegara a tocar la valiosa antigualla. No era más que una fotógrafa independiente contratada por Hopkins para archivar digitalmente la colección, y no tenía el adiestramiento ni los conocimientos necesarios para manipular tan antiguas rarezas.

—¡Y también hay una esmeralda! Por cierto, da la casualidad de que la esmeralda es la piedra asociada a mi nacimiento —prosiguió—. ¿Cuál cree que puede ser su valor? ¿Cinco quilates?

—No tengo ni idea —fue la evasiva respuesta del doctor, pues, a fin de cuentas, las gemas no eran su fuerte. Y sospechaba que tampoco el de ella.

—¿Cuántos años puede tener?

Sin apenas mirar a aquella cotorra revestida de cuadros escoceses, volvió a decir:

—No tengo ni idea.

—Yo creo que es *muy* vieja.

A decir verdad, la edad asignada al pectoral había sido sustituida por un enorme interrogante. Lo mismo sucedía con su procedencia. Pese a ello, el doctor barajaba algunas sospechas.

De nuevo, Padgham pasó la yema de un dedo con elegante manicura sobre el relieve de símbolos que adornaba el cofrecillo de bronce en cuyo interior había sido alojado el pectoral. Sólo reconoció una palabra — יהוה —, el Tetragrámaton hebreo. Las impronunciables cuatro letras que cifraban el nombre de Dios. Habían sido grabadas en el cofre como una suerte de talismán que alejaría a los curiosos, los codiciosos, los glotones que engullían reliquias de la Antigüedad como si de dulces recubiertos de azúcar se tratase.

«En el nombre de Dios, ¿cómo es posible que una reliquia hebrea tan antigua como esta haya ido a parar a Irak?».

Aunque el director del museo, Eliot Hopkins, había tratado de guardar celosamente el secreto, no pudo evitar que se le escapase la información de que aquella reliquia procedía de Irak. El anciano director le había confiado a Padgham el enojado pectoral para una primera valoración.

También le había advertido de que no debía hablar con nadie sobre ello. Padgham no era ningún necio. Todo lo contrario. Era consciente de que aquella reliquia había sido adquirida en el mercado negro.

Un negocio bastante peligroso, la adquisición de reliquias robadas. En épocas recientes, uno de los comisarios de la célebre Getty había sido llevado a juicio por la fiscalía italiana por haberse hecho con varias antiguallas que él sabía procedían de un robo. El negocio de las antigüedades que colmaban el mercado negro movía cerca del billón de dólares, y, en particular, el incesante robo de reliquias iraquíes hacía que en aquellos días brotasen por todas partes piezas y más piezas de arte babilonio. Muchos de quienes trabajaban en el museo no hubieran dudado un segundo en hacer la vista gorda, convencidos de estar sirviendo con ello a la preservación, y no al saqueo, de la cultura antigua. Y Padgham, por supuesto, compartía esa visión de las cosas. Después de todo, de no haber sido por los ladrones de arte europeo, el mundo se habría visto privado de tesoros tales como la piedra de Rosetta o los mármoles recogidos en Grecia por *lord* Elgin.

—Le da demasiada luz de fondo. ¿Le importa si bajo un poco las persianas?

Padgham apartó los ojos de la reliquia.

—¿Cómo? Oh, no, no, desde luego que no. Aquí manda usted.

Improvisó una sonrisa, pues necesitaba la colaboración de aquella mujer. Padgham había recibido órdenes claras de no mostrar la reliquia a ninguno de los empleados del museo. Esa era la razón de que estuviera realizando el examen preliminar un lunes: el museo estaba cerrado al público y no había ningún empleado en todo el edificio. Por supuesto, la fotógrafa no contaba: aquella mujer no era más que una asalaria-

da independiente que ni siquiera sabría distinguir un pectoral de un bajorrelieve. *¿A quién se lo va a contar?* Por lo que Padgham sabía, aparte de los dos vigilantes que montaban guardia en el vestíbulo del museo, ella y él eran las únicas personas allí presentes.

El resplandor de una luz iluminó por un momento la oficina en penumbra.

—Qué buena pinta —comentó la fotógrafa, mientras comprobaba la imagen en la pantalla de la cámara. Sus hábiles pulgares presionaron varios botones—. Sacaré una foto más, por si acaso. —Tan pronto un segundo fogonazo iluminó la sala, la mujer hizo un ademán hacia el cofrecillo de bronce—. ¿Quiere que saque también una foto de la caja, por si acaso?

—¿Está muerta la reina Ana? —Luego, conteniéndose, añadió en un tono más jovial—: si es usted tan amable...

Padgham se hizo a un lado para que la fotógrafa pudiera volver a colocar el trípode. Mientras contemplaba la hermosa reliquia, no dejaba de morderse el labio inferior con visible preocupación. Como responsable de la conservación de las antigüedades babilonias, él era el encargado de la custodia del pectoral, puesto que su hallazgo había tenido lugar en el desierto de Irak. El director del museo tenía la convicción de que el doctor era la persona adecuada para desvelar todos los interrogantes que aquel adminículo planteaba, y, por ende, para dar respuesta al enigma de su procedencia. Para consternación de Padgham, sin embargo, toda explicación parecía eludirle. No cabía duda alguna de que el pectoral era de origen hebreo, pero su conocimiento de los antiguos israelitas era superficial, cuando menos. Esa era la razón por la que había decidido realizar una serie de fotografías digitales de la pieza.

El destino había querido que un viejo amigo oxoniense, Caedmon Aisquith, estuviera a la sazón en Washington, de viaje promocional tras la reciente aparición de su libro, *Isis revelada*: una de esas obras que pretendían arrojar algo de luz sobre los secretos menos conocidos del pasado más remoto de la humanidad. Dado que Padgham no era de los que se regoldaban en contemplar sin más el famoso caballo regalado de los refranes, tan pronto leyó la noticia en el periódico telefoneó al editor de Aisquith, consiguió el número de su hotel y lo llamó sin mayores ceremonias. Lo último que sabía de él era que Aisquith, tras heredar una cuantiosa suma de dinero, puso rumbo a París, y allí, en la orilla izquierda del Sena, abrió una librería de anticuario. Su vida consistió en una sucesión de putas francesas y vino de Beaujolais, lo que, si no otra cosa, hablaba a las claras de la necesidad que tenía de que alguien le examinase a fondo la cabeza. Aunque no se habían visto las caras en casi veinte años, Aisquith aceptó reunirse con él esa misma noche y tomar unas copas. Con la esperanza de picar su curiosidad (y, al mismo tiempo, rebañar aunque fuera una pizca de información sobre la misteriosa reliquia hebrea), pensó en enviarle las fotografías por correo electrónico. Como el auténtico hombre del Renacimiento que era, y con aquel saber enciclopédico que atesoraba sobre los más arcanos pasajes de la historia antigua, Caedmon Aisquith era el tipo adecuado para brindarle aunque fuera un atisbo de esa luz que tanta falta le hacía. Al igual que sucedía con la fotografía, Padgham no consideraba que el secreto exigido por el director del museo se extendiera necesariamente a su colega oxoniense.

—Ya he acabado —anunció la fotógrafa. Abriendo la cámara, sacó un diminuto rectángulo de plástico y se lo ofreció a Padgham.

El doctor observó detenidamente aquel minúsculo objeto.

—¿Y qué se supone que debo hacer yo con *esto*? Le pedí que sacase unas fotos.

—Y eso es lo que he hecho. Aquí están sus fotos. En la memoria.

Guardó la cámara en su funda; su extravagante atuendo se veía rematado por un chaleco de color caqui.

Menuda «vacaburra», pensó Padgham. Aunque sólo tenía cuarenta y dos años de edad, a menudo se sentía como si el mundo moderno y todos sus tecnológicos juegos de manos estuvieran pasando ante él a una velocidad vertiginosa.

En tanto la mujer desmontaba el trípode, Padgham repitió la pregunta:

—¿Qué se supone que debo hacer con esto?

—Lo mejor es que descargue la información en su ordenador personal. Una vez lo haya hecho, puede imprimir cada foto, o enviarlas por correo electrónico, o trucarlas con algún programa informático: lo que quiera.

Sin nadie en el museo que pudiera ayudarle, Padgham se vio obligado a humillarse:

—Le estaría de lo más agradecido si...

Tal y como había esperado, la mujer cogió la tarjeta de memoria que sostenía en la mano. Inclínándose, la insertó en la torre del ordenador que ocupaba su mesa.

Reprimiendo con todas sus fuerzas el deseo de esbozar una sonrisita satisfecha, Padgham señaló el cuadernillo en el que aparecía ilustrado el logo del museo.

—Quisiera enviar las fotografías por correo electrónico a esta dirección.

—Sí, sire. Sus deseos son órdenes para mí.

Padgham hizo oídos sordos al murmullo contrariado de la mujer:

—Es muy amable, señorita Miller.

—Eso lo dice porque no me conoce. —Se sentó ante la recargada mesa de caoba—. Vale, a ver si me aclaro. Quiere que envíe estas imágenes a este tal C.Aisquith@lycos.com. —Al ver que el doctor asentía, continuó—. Probablemente lo mejor será que las enviemos en formato JPEG.

—Sí, bueno, eso lo dejo en sus manos.

Rápida y hábilmente, la mujer pasó los dedos por el teclado. Luego, incorporándose de la silla, estilo ejecutivo, de Padgham, dijo:

—Vale, ahora tiene que escribir aquí los datos de su correo electrónico.

—Estaré encantado de hacerlo. —Padgham se sentó ante la mesa—. ¡Pero qué diantres...!

—¿Qué sucede?

—¿Está ciega o qué? ¡La pantalla se ha apagado!

Señaló con un dedo acusador al monitor.

—Cálmese. Tampoco es cuestión de que le dé un ataque por eso. Probablemente se trate de un cable suelto.

—Hmm... —Miró bajo la mesa, y luego a sus pantalones Gieves and Hawkes, cortados a medida. Aquel problema sólo podía solucionarse de una forma—. Bueno, pues ya que ha diagnosticado con tanta facilidad el problema, ¿le importaría mucho si...?

—Doctor, usted sabe muy bien que esto no entra dentro de mis atribuciones —se quejó Edie Miller mientras se ponía de rodillas. Como no había espacio para empujar la torre, se vio obligada a meterse bajo el escritorio para revisar los cables. Padgham echó una mirada al plato Waterford que había en un velador próximo, y pensó que no estaría de más ofrecerle uno de aquellos caramelos envueltos en celofán. La recomienda por un trabajo bien hecho.

En tanto la mujer, bajo la mesa, procedía en silencio a revisar los cables, Padgham volvió a tomar el antiguo pectoral y lo devolvió al cofrecillo de bronce.

—Ah, hágase la luz —murmuró unos instantes después, satisfecho al ver que un destello de luz emanaba de su ordenador, haciendo que en la pantalla asomase el familiar logo de Dell. Por el rabillo del ojo, Padgham vio que un tercer individuo entraba en la oficina. Sorprendido al ver a un hombre vestido con un mono gris y un pasamontañas negro, preguntó en tono enérgico:

—¿Quién demonios es usted?

El hombre no respondió. En su lugar, levantó una pistola y apuntó a la cabeza de Padgham, con un dedo en el gatillo.

La muerte fue casi instantánea, pero Padgham tuvo tiempo de percibir un agudo y punzante dolor en el ojo derecho. Luego, similar a las luces que parpadeaban en el monitor de su ordenador, vio una cegadora explosión de colores, antes de que el mundo que le rodeaba fuera engullido por un profundo e impenetrable manto de tinieblas.